María agita las cuerdas de su salterio, y su dulce voz canta:

«Los ángeles del Cielo celebraron al niño recien nacido; el niño lloró, y los ángeles glorificaron sus primeras lágrimas.»

Y Magdalena contesta:

«Yo, la mayor de las pecadoras, caí á sus piés, y mi arrepentimiento halló gracia ante aquel, cuyas primeras lágrimas glorificaron los coros celestiales.»

—¡Ah! Magdalena amada, no eran lágrimas, sino sangre lo que inundaba su rostro, cuando padecia por nosotros en el valle de Gethsemaní.»

—«¡Ay! amada María, á vista de Jerusalem próxima á perderse, volvió á verter lágrimas, y lloró sobre la ciudad santa, y llamó á sí por última vez á sus hijos ciegos. Pero estos no quisieron ir á abrigarse á la sombra de sus alas, y bajo el pórtico del palacio de Gabatha clamaron diciendo: ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! El Gólgota bebió esta sangre sagrada, y los Infiernos se estremecieron, comprendiendo que la especie humana acababa de ser redimida. Mi pensamiento se eleva con alegría á los Cielos, á donde muy pronto subirá el Salvador en toda su gloria; pero no puedo apartar mis ojos del altar en que su cabeza coronada de espinas se inclinó sobre su seno, del que acababa de huir la vida.»

—«Piensa, Magdalena, que nos prometió aparecer en medio de nosotros. ¡Jesús, á quien esperamos con santo terror, con celestial alegría, ven, ven!»

Y Magdalena añade con voz más fuerte:

—¡Ven, tú que despiertas á los muertos!¡Tú, que das la vida, ven! Nuestras ávidas miradas te buscan en los valles y en los montes de la Tierra; te buscan en las nubes del

Cielo. Llega, llega: tu naciente comunidad te espera, como la esposa espera á su esposo. Comunidades futuras, cuando hayais llegado á la vida de pruebas, avanzad sin temor hácia el sepulcro: el Señor de la vida os despertará. Seguid vuestro camino con la corona de ciprés en la mano, y con himnos de victoria en los lábios...»

Y suspendiendo de repente su canto, exclama:

—«¡Mirad, mirad, amigos mios! Todos los senderos del Tabor se cubren de peregrinos. La nube de polvo que levantan sus piés aumenta y se aproxima... ¡Los llamados vienen, vienen á contemplar al Hijo del Eterno, á quien su Padre va á glorificar.»

Y María continúa el salmo que Magdalena interrumpiera en su alegría.

—«Sí, el Eterno ha glorificado á su Hijo, á fin de que su comunidad naciente adquiera en la contemplacion de su espléndido semblante fuerzas para arrostrar la espada de la persecucion, suspendida ya sobre sus cabezas.»

Mientras la Madre de Jesús y Magdalena cantaban así, los ángeles y los resucitados, invisibles á los ojos de los mortales, venian á mezclarse con ellos.

Elohá, apoyado en su arpa de oro, ha escuchado en silencio la dulce voz de María, y David, en pié cerca de él, ha suplicado al Salvador que ceda en fin á la divina plegaria de su madre.

El número de los fieles aumenta sin cesar: los enfermos que el Mesías sanara, y los muertos por él resucitados llegan sucesivamente. Beor y Dilean, Joel y Samma, Berbeson, Bethoron y Tabitha, Estéban y José suben lentamente á la cima del Tabor: sus ángeles custodios los siguen, llevando las coronas que la eternidad les prepara.

El niño Neftoa va delante de Porcia, sembrando su cami-

no de verde follaje y de flores entreabiertas: á veces se detiene, la mira, y se sonrie con todo el candor de la inocencia.

Porcia no ha tenido nunca la dicha de ser madre, y le parece que el amable niño que la guia le ha sido enviado por el Cielo para consolarla.

Y le dice:

-«¡Cuán bello es el camino por donde me llevas, y cuánto te amo, adorable niño!»

Y el niño contesta:

—«Yo tambien te amo, ilustre Porcia; pero cuando los cedros y las palmeras del Cielo nos cubran con su sombra, y la eterna primavera nos envuelva en sus suaves perfumes, entonces te amaré mucho más.»

José de Arimathea y Nicodemus los alcanzan y los saludan con la paz, como su divino Maestro se lo habia enseñado, guiándolos luego cerca de las santas mujeres.

Al ver á la noble romana, la Madre del Mesías dirije á su Hijo este canto de gratitud:

«¡Tu misericordia no tiene límites, Salvador del mundo! ¡Innumerable y gloriosa será la comunion de la nueva Jerusalem! Las más altas montañas le servirán de base, y las estrellas del Cielo serán sus antorchas. Vuela, pensamiento mio; sondea las profundidades del porvenir. Una felicidad inefable inunda mi alma, porque veo al débil tallo de la comunion cristiana elevarse como árbol majestuoso, cuyas ramas cubrirán toda la Tierra. ¡Cuán grande es tu misericordia, divino Resucitado.»

Y poseida de un santo éxtasis, calla María, dejando escapar el salterio de sus trémulas manos.

Más de quinientos escogidos, futuros mártires todos, se reunen por último en el monte Tabor. Lázaro los contempla de nuevo, y les dice con el acento de la inspiracion celestial:

«Herederos de la luz, á quienes el divino Mediador ha convocado en el sagrado monte de la transfiguracion, yo no participaré de vuestra ventura, pues mi sangre no correrá por él; yo os precederé allá arriba para plantar las palmas con que los ángeles han de tejer vuestras coronas inmortales. ¡Gloria á tí, divino Mediador, que me reservas esta celestial mision! ¡Gloria á tí, Mediador divino, que preparas á los primeros escogidos una vida de sufrimientos y una muerte cruel, á fin de que, fortalecidos por estos sangrientos testimonios, crean en tí tus futuros hijos, sin que nuevos mártires tengan necesidad de atestiguarles tu poder y tu gloria.»

Dice, hace que se reunan los fieles, y manda á los siete más jóvenes de entre ellos que vayan a buscar pan y vino, á fin de celebrar por última vez con ellos la comida fraternal de la nueva alianza.

Los siete jóvenes depositan el pan y el vino á los piés de Lázaro, el cual levanta al Cielo las manos, y ora en alta voz, diciendo:

«Hijo del Eterno, en el momento de hacerte traicion uno de los tuyos, tomaste el pan, lo partiste y ofreciste á tus discípulos, diciéndoles: Tomad, este es mi cuerpo, que inmolo por vosotros. Después tomaste el cáliz, y les dijiste: Esta es mi sangre derramada por vosotros, la sangre de la nueva alianza. Cuantas veces comais de este pan y bebais de este vino, hacedlo en memoria mia.»

Y los fieles reciben de mano de Lázaro el sagrado símbolo del sacrificio de Cristo; y fortalecidos con este sustento del alma, se animan mútuamente á la perseverancia en el camino santo, pero lleno de espinas, que se abre ante ellos.

Lázaro continúa desarrollando el gérmen de la exaltación que acaba de arrojar en sus corazones con estas palabras:

«Nuestro divino Maestro y Redentor sufrió más oprobios y afrentas, sufrió más dolores y tormentos que sufrirá jamás ninguno de vosotros. Él consumó su obra, y cuando vuestra alma sedienta esté á punto de secarse bajo las augustias del martirio, el cáliz de la nueva alianza la refrigerará. Salúdame, bienaventurada Madre, como el ángel del Señor te saludó, cuando vino á anunciarte el nacimiento de tu divino Hijo, porque voy á reunirme con él: todos vosotros os reunireis tambien con él, y con él beberemos en el rio de la vida eterna...

«¿Cuándo sonará mi última hora? ¿Cuándo veré entreabiertos los Cielos, y á Jesús sentado á la diestra de su Padre? Ten piedad de nosotros, divino Mediador, tú á quien yo abandonaba, mientras que por mí, por nosotros todos, tu rostro divino se humillaba en el polvo de Getsemaní, cubriéndose de un sudor de sangre.

«Me has condenado á morir dos veces. Venga, venga ese último sueño, al que seguirá de cerca la más bella mañana. ¿Dónde están los ángeles enviados á la Tierra para cantar la gloria del Mesías? Vengan, vengan los ángeles á unir sus voces á la mia.

«Las tinieblas se disipan, la noche huye para mí, y para tí, Elkanan, y para todos los que sufren con paciencia, á fin de dar testimonio de la gloria del Salvador á todos los hijos de la Tierra.»

Y María le interrumpe exclamando:

«Hijo del Eterno, yo te dí á luz, he cantado tu muerte, he cantado tu resurreccion sobre la Tierra: cuando te dignes llamarme á tí, entonces ¡oh hijo mio! cantaré tu gloria en los Cielos.»

Jesús los ha oido, y su pensamiento aplaude el santo extasis que arrebata sus almas.

¡Y se aparece!

Y las realidades del Cielo suceden por fin en los corazones de los fieles á las dichosas y benditas esperanzas de lafé.

Cuando después de una larga marcha por áridas y abrasadoras arenas, encuentra en fin el viajero una fuente fresca y límpida, bebe ansiosamente creyendo no poder apagar nunca su sed. De este modo los ojos de los discípulos y de las santas mujeres, fijos en el semblante del Mesías, no pueden apartarse de esta fuente de beatitudes celestiales.

Después de una solemne pausa de silencio, dice Jesús:

—«¡La paz sea con vosotros, hijos mios! En la casa de mi Padre hay apacibles moradas: voy á hacéroslas preparar, porque quiero que, después de vuestra muerte, esteis todos cerca de mí. Si me amais, guardad mis mandamientos, y yo rogaré á mi Padre por vosotros, á fin de que os envie el Espíritu de verdad. Ved, pues, cómo yo no os abandono, como la madre al morir abandona á sus desgraciados huérfanos. He vuelto cerca de vosotros; seré vuestro guia hasta que os haya introducido en la vida eterna, á vosotros que me amais; y todos los que guardan mis mandamientos, me aman, y yo me revelaré á ellos.»

Los ojos de Elkanan acaban de abrirse á la luz; ve al Salvador, se prosterna y lo adora.

Jesús continúa hablando á los suyos, y dice:

—«Yo soy la viña de la vida, vosotrois sois las cepas; mi Padre es el viñador, y cortará los troncos que no den ricos frutos. Yo os he escogido entre todos para que deis los mejores frutos de la eternidad... Voy á repetiros el único mandato que os lego: Amaos unos á otros, y mi paz será con vosotros, y mi paz es más preciosa que la de la Tierra: ella os dará fuerzas para soportar el ódio y las persecuciones; porque sereis odiados y perseguidos vosotros, como yo mismo lo he sido.

Y pronunciando estas palabras, desaparece.

Al volver de su arrobamiento, ven los fieles en el lugar que ocupaba el Mesías al niño Neftoa, sumido al parecer en un dulce sueño, y pretenden despertarlo para hacerle partícipe de la alegria comun; pero el bienaventurado niño ha dejado de existir.

—«Id, exclama Lázaro; id, hermanos mios, á coger flores, mientras yo cavo su sepultura.»

Ya es bastante profunda la fosa para recibir los restos mortales de Neftoa. Lázaro los deposita en ella amorosamente, y los cubre de flores, las más bellas flores que crecen en la verde cumbre del Tabor.

Después se aleja lentamente.

Los fieles le siguen en silencio, y casi á cada paso se vuelven á mirar la florida sepultura del dichoso niño; pero sus ojos permanecen enjutos: han visto á Jesús, y la muerte no es ya para ellos más que un beneficio, y el sepulcro la puerta misteriosa y celestial que conduce á la vida eterna.

Los Setenta abandonan juntos el sagrado monte de la Transfiguracion, y juntos llegan á un bosque de palmeras, situado al pié del monte. Allí encuentran á los discípulos que no han estado en el Tabor, y les refieren con palabras de fuego todo lo que acaban de ver.

Exaltado por esta narracion, Santiago, hijo de Zebedéo, exclama con entusiasmo:

—«Nosotros tambien le veremos en toda su gloria: Él vendrá; voy á busearle.»

En vano se esfuerzan sus amigos en detenerle; Santiago sube al monte con paso presuroso.

Al llegar à una roca que se inclina sobre el valle, se prosterna, alza los brazos al Cielo, y dice con todo el fervor de su alma:

—«¡Divino Salvador! no vuelvas todavia á tu Padre; yo estoy sediento de contemplarte. Si he hallado gracia delante de tí, dígnate pasar por la sombra de esta roca: yo me retiraré al fondo de la caverna que el tiempo ha cavado en ella, y mis ojos te seguirán de lejos.»

Dice, y ya Jesús está á su lado; lo bendice, lo levanta, y desciende con él al bosque de las palmeras.

Los apóstoles le ven desde lejos, resplandeciente de luz como nunca le habian visto, y quieren precipitarse á su encuentro; pero un ángel les ordena esperar.

Obedecen al ángel permaneciendo allí, y en su arrobamiento se dirigen mútuamente estas preguntas:

—«¿Te acuerdas del dia en que, á nuestra vista, hombres sanguinarios cargaron de hierros sacrílegos sus manos?»

—«¿No es esa la túnica blanca con que Herodes lo expuso al escarnio del pueblo?»

—«¿Va á subir ya al Cielo? ¿Ha sonado ya la hora de la separacion, la más cruel y terrible de las horas?»

—«A mis ojos los montes y collados saltan de gozo, los bosques se regocijan, el Sol brilla con más esplendor, y el Cielo se tiñe con su azul más bello. Todas las beatitudes de los bienaventurados inundan mi alma. ¡Oh amigos! ¿Por qué, pues, llorais vosotros?»

De repente callan con profundo respeto: el Salvador está en medio de ellos, y les dice:

—«¡La paz sea con vosotros, hijos mios! Pronto me separaré de vosotros, y ya no me vereis más sobre la Tierra; ya